

en parte porfiróidea. La contextura del grano de esta amalgama es compacta i su fractura concoidea pequeña; su color blanco de plata i su lustre se conservan mejor al aire que los de las otras amalgamas de Chile; su dureza es apenas superior a la de espato calizo. Es mui quebradiza i restregándola en un morterito de ágata, con facilidad se reduce a polvo mui menudo. Por esta última propiedad se distingue de la plata nativa, de la arqueria, i de otras dos especies de amalgamas arriba descritas.

Es mui atacable por el ácido nítrico, sin auxilio de calor; en un matrecito hierve i da sublimado de mercurio.

Sus compañeros son el cinabrio nativo i plata cornea verde:

Analizada esta especie pura por el mismo método que las anteriores, me ha dado para su composicion :

plata .....	30.76	(2.2)
mercurio .....	69.24	(5.5)

lo que con poca diferencia corresponde a dos equivalentes de plata por cinco de mercurio ( $\text{Ag}^2 \text{Hg}^5$ ), siendo la composicion teórica de este compuesto :

plata .....	30.02
mercurio .....	69.98

---

*HISTORIA NACIONAL. Biografía i viaje de Hernando de Magallanes al Estrecho a que dió su nombre, por el miembro de la Facultad de Humanidades don Diego Barros Arana.—Comunicacion del mismo a la espresada Facultad. (\*)*

## CAPÍTULO VIII.

La escuadrilla de Magallanes entra en el grande océano.—Los marinos españoles le dan el nombre de mar Pacífico.—Tocan en unas islas que llamaron Desventuradas.—Sufrimientos en la escuadrilla: enfermedades i hambre.—Arribo a las islas de los Ladrones.—Relaciones de los castellanos con los isleños.—Róbanse éstos una chalupa i son castigados.—Reconoce Magallanes otras islas que llamó de San Lázaro.—Desembarca en una de ellas.—Sus relaciones i tratos con los isleños.—Arribo a la isla de Masaguá.—Obsequios cambiados con el rei de esta isla.—El caballero Pigafetta va a tierra en comision.

Las tres naves a que habia quedado reducido la escuadrilla de Magallanes, habian entrado por fin al grande oceano. Los marinos daban gracias al cielo por haber salido felizmente del estrecho, i haber llegado a aquellos mares, que nadie habia surcado ántes que ellos. Dejaban atras las tempestades que habian puesto en grave peligro

(\*) Véase la entrega correspondiente al mes de febrero de 1864, tomo XXIV, pág. 212 de los *Anales*.

sus naves i comenzaban a alejarse bajo los mejores auspicios de las frias rejiones del estrecho. Aunque la mar era gruesa, no tuvieron que padecer borrascas ni otros contratiempos. En su regocijo, los castellanos bautizaron el oceano con el nombre de mar Pacífico, que conserva hasta hoy (1).

Favorecida por vientos propicios, la escuadrilla continuó felizmente su viaje con rumbo hácia el norte. Los marineros divisaron a su derecha, el 1.º de diciembre, dos islas de los innumerables archipiélagos que se levantan en la costa occidental de la Patagonia; i alejándose algo de tierra navegaron hasta el 24 de enero del año siguiente, 1521, i hasta ponerse en la latitud de 16º 15' sin distinguir ni el continente ni las islas inmediatas (2). En ese dia encontraron una pequeña isla; en cuyas costas no pudieron fondear, i a la cual dieron el nombre de San-Pablo. Poco mas adelante divisaron otra isla que llamaron de los Taburones; pero no habiendo hallado en ellas habitantes, ni víveres, dieron a ambas el nombre de Desventuradas (3).

Magallanes se acercaba a las islas que encontraba en su camino para renovar los víveres de sus naves. “La falta de vitualla era ya tanta, dice el cronista Herrera, que comian por ouzas i bebian agua hedionda, i guisaban el arroz con agua de la mar, por lo cual se murieron veinte hombres i otros tantos adolecieron, que causó gran tristeza en ellos” (4). Mas pintoresco es todavia el viajero Pigafetta cuando refiere las miserias que él i sus compañeros sufrieron en aquella navegacion. “La galleta que comiamos, dice, ya no era pan, sino un polvo mezclado de gusanos que habian deyorado toda la sustancia, i que tenia ademas una acritud insoportable por estar impregnada de orines de ratas. El agua que bebiamos era igualmente pútrida i acre. Nos vimos obligados, para no morirnos de hambre, a comer los pedazos de cuero con que se habia forrado la gran verga para impedir que la madera no gastase las cuerdas. Estos cueros, espuestos siempre al agua, al sol i a los vientos, eran tan duros, que se necesitaba mantenerlos cuatro o cinco dias en el mar para hacerlos un poco tiernos; en seguida, los poniamos al fuego para comerlos. Muchas veces nos vimos reducidos a alimentarnos con accerin de made-

(1) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.—Herrera, dec. I, lib. IX, cap. XII.

(2) Diario de Albo.

(3) En 1812 publicó en Lóndres el inteligente jeógrafo español don José de Espinosa una carta del mar del sur en que señaló el derrotero de la escuadrilla de Magallanes. Este derrotero es el mas exacto que se conozca. Los demas son de pura invencion, o copiados de la carta de Espinosa.—Véase la ilustracion VIII.

(4) Herrera, dec. II, lib. IX, cap. XV.—De las listas ántes citadas, que existen originales en los archivos de Indias, i que fueron publicadas en el tomo IV de la Coleccion de Navarrete, aparece que fué menor el número de los muertos.

ra; i las ratas mismas, tan repugnantes, para el hombre, habian llegado a ser un alimento tan buscado, que se pagaba hasta a medio ducado cada una.

“Esto no era todo. Nuestra mayor desgracia consistia en vernos atacados por una especie de enfermedad, con la cual las encias se hinchaban a punto de ocultar los dientes de ambas mandíbulas. Los que eran atacados de esta enfermedad no podian tomar ningun alimento. Ademas de los muertos, tuvimos veinte i cinco a treinta marineros enfermos, que sufrían dolores en los brazos, en las piernas i en otras partes del cuerpo, pero al fin se curaron. En cuanto a mí, yo no puedo dar suficientemente gracias a Dios de que durante todo este tiempo, i en medio de tantos enfermos, no haya experimentado la menor enfermedad” (5).

En medio de tales sufrimientos, continuó su viaje la escuadrilla durante cerca de tres meses. Felizmente, el viento les habia sido favorable; i siguiendo con rumbo noroeste, el 13 de febrero pasaron la línea equinoccial, i el 6 de marzo avistaron unas islas situadas a los 13° de latitud norte (6).

Al acercarse las naves a una de esas islas para tomar agua i provisiones, los castellanos vieron una multitud de canoas que navegaban con una rapidez asombrosa, con la ayuda de unas velas triangulares formadas de un tejido tosco de hojas de palmera. Por esta razon dieron a aquellas tierras el nombre de islas de las *Velas latinas* (7). Los isleños iban a las naves atraídos no solo por la curiosidad, sino tambien por el deseo de negociar los víveres que llevaban, i de robar a los extranjeros los objetos que pudieran hallar a mano. A pretexto de visitarlos, subieron a bordo en tan gran número que ya no cabian en la escuadrilla. Viéndolos empeñados en no querer bajar a sus canoas, Magallanes mandó que los arrojaron por fuerza, lo que practicaron los marineros con bastante facilidad; pero los salvajes no tardaron en

(5) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II. La enfermedad de que habla el viajero era el escorbuto.

(6) Estas fechas estan visiblemente equivocadas en Herrera. Seguimos el diario de Albo, que está acorde con el *Viaggio* de Pigafetta.

(7) Diario de Albo. Maximiliano Transilvano llama Ivagana, la isla a que aportó Magallanes. Debe ser la isla de Guahan o de San Juan de la carta del jesuita español Alonso Lopez, que es la mas meridional del archipiélago de las Marianas.

El célebre navegante inglés Jorge Anson, que reconoció este archipiélago en 1742, dice en el cap. V, lib. III de su *Voyage* que las islas reconocidas por Magallanes en este archipiélago deben ser las de Saypan i Tinian, situadas entre los 15° i 16° de latitud norte. Esta posición no se acomoda con la que indica Albo en su diario. Ademas, la segunda de esas islas posee unas ruinas muy notables, que sin duda habrian llamado la atención del prolijo Pigafetta. Walter, redactor del viaje de Anson, hace en el mismo capítulo una descripción de esas islas, dando tambien algunas vistas de ellas, i una minuciosa esplicación de sus naves acompañada de una lámina.

volver armados de piedras i de varas de madera endurecidas al fuego, que arrojaban a los españoles desde sus canoas. Al principio, encargó Magallanes que no les hicieran mal alguno: alentados con esta inacción, que ellos atribuían tal vez a cobardía; se hicieron más agresivos, i fué necesario castigarlos con una descarga de artillería. Grandes fueron los destrozos que el fuego hizo en los grupos de indios que cercaban las naves, obligándolos a retirarse; pero eran tan bárbaros que no dejaron de volver en breve a cambiar sus víveres por las baratijas que les daban los españoles (8).

Eran aquellos indios diestrísimos ladrones. En la tarde, mientras negociaban cerca de las naves, tuvieron la habilidad de robarse la chalupa que estaba amarrada a una de ellas. Los castellanos notaron en breve su falta. Magallanes mandó fondear su escuadrilla en el mismo sitio; i en la mañana siguiente dispuso que noventa hombres embarcados en dos chalupas desembarcasen en un lugar inmediato, al pié de una sierra, donde se veían muchas chozas de indios. El desembarco no fué difícil: los salvajes trataron de oponer una tenaz resistencia disparando tan gran cantidad de piedras que parecía que granizaba; pero a la primera descarga de arcabucería huyeron despavoridos. Los castellanos ocuparon aquel lugar. Quemaron cuarenta o cincuenta chozas, mataron siete hombres; i recojieron una gran cantidad de provisiones. “Cuando nuestra jente hería a los isleños con sus flechas, que ellos no conocían, atravesándolos de una parte a otra, dice el historiador de la expedición, éstos desgraciados trataban de arrancarse las flechas de su cuerpo, tan pronto por una parte como por la otra, i frecuentemente morían de la herida, lo que no dejaba de causarnos compasión.” Los salvajes conocieron que aquel ataque era originado por el robo de la chalupa; i temiendo que el castigo continuase con nuevos horrores, la echaron al agua para que la recojieran sus enemigos (9).

Segun se veía, la exploracion mas detenida de aquellas islas, i la prolongacion de la permanencia de los castellanos en ellas, no tenia objeto alguno. Magallanes se dispuso en breve para darse a la vela: mandó hacer aguada para surtir su escuadrilla, i dispuso que los víveres negociados con los salvajes o arrancados a éstos por la fuerza el

(8) Herrera, déc. III, lib. I, cap. III.—Prevost dice en su *Hist. generale des voyages*, tom. X, páj. 366, edic. de París 1752, citando a Pigafetta, que estos salvajes aprendieron de los compañeros de Magallanes el uso del fuego. Pigafetta no dice tal cosa.

(9) Pigafetta, *Viaggio* lib. II. Este viajero dá algunos pormenores acerca de las costumbres de aquellos salvajes.—Herrera, loc. cit.

día del desembarco, fuesen distribuidos en todas las naves para socorrer a los enfermos que el hambre o la falta de alimentos frescos habian producido en la escuadrilla. Los víveres recojidos en las islas eran cocos, ñames, especie de papas, algun arroz i plátanos, que fueron de gran utilidad en las naves de Magallanes. Terminada esta distribución, el 9 de marzo se alejaron de esas islas con rumbo hacia el sur oeste. Recordando lo que les habia pasado en aquellas islas, las llamaron de los Ladrones, nombre con que son jeneralmente conocidas (10).

Los españoles comenzaban a navegar entónces en medio de los innumerables archipiélagos que se levantan en los mares orientales del Asia. El 16 de marzo, habiéndose alejado como trescientas leguas de las islas de los Ladrones, se encontraron al salir el sol cerca de una tierra elevada, que luego reconocieron mas claramente. Era aquella una isla, a que los naturales daban el nombre de Zamal (11). Algunas canoas que se dejaron ver, se alejaban a gran prisa al acercarse los castellanos. Reconocieron en seguida otra isla vecina; i navegando al oeste encontraron otra enteramente despoblada, que tenia por nombre Humunu (12). Magallanes mandó desembarcar allí el dia siguiente para hacer aguada con seguridad, i gozar de algun descanso despues de tan largo viaje. Hizo ademas levantar dos tiendas para los enfermos i mandó matar una porquezuela, tomada sin duda en las islas de los Ladrones.

Fué aquel un dia de descanso para los navegantes. Como era el quinto domingo de cuaresma llamado comunmente de Lázaro, los castellanos dieron al archipiélago en que entraban el nombre de San Lázaro, i a la isla en que se hallaban el de Aguada, de los buenos indicios. Pensaban tal vez permanecer allí algunos dias; pero en la

(10) El navegante holandés Oliverio Van Noort, que viajó por estas islas en 1600, dá curiosas noticias acerca de las costumbres de sus habitantes que revelan cuanta razon tuvo Magallanes para darles ese nombre. Véase su viaje en el tomo III, del *Recueil des Voyages qui ont servi a l'establisement et aux progres de la Compagnie des Indes orientales*, páj. 82 i 83, edic. de Rouen, 1725, i el extracto que de él ha hecho Prevost en su *Historie Générale des Voyages*, tomo X, páj. 354, edicion de Paris.

El padre Jesuita Alonzo Lopez, misionero en estas islas, levantó una carta de ellas que fué publicada en España, i ha sido reproducida en Francia en distintas ocasiones—Las islas de los Ladrones son denominadas tambien Marianas por los esfuerzos i gastos que hizo la reina doña María Ana de Austria, madre de Carlos II, para establecer misiones en ellas i reducir a sus habitantes a la vida civilizada. Véase la obra del P. Gobien titulada *Historie des Mariannes*, Paris. 2.ª edic., 1701. en 12.

(11) En los mapas tiene siempre el nombre de Samar. El diario de Albo llama Suluan i Yunagan las primeras islas que los castellanos reconocieron en aquel archipiélago.

(12) Asi la llama Pigafetta. Albo la nombra Gada. Debe ser la pequeña isla de Guigan, situada al S. E. de Samar, que hasta hoi permanece despoblada.

tarde siguiente, vieron llegar hacia ellos una chalupa con nueve hombres. Magallanes dispuso que nadie hiciese el menor movimiento ni pronunciase una palabra sin su permiso." Cuando estuvieron en tierra, su jefe se dirigió al capitán jeneral manifestándole por jesticulaciones el placer que tenia de vernos. Viéndolos tan pacíficos, Magallanes les hizo dar que comer, i les ofreció al mismo tiempo algunos bonetes colorados, espejitos, peines, avalorios, telas, varias alhajas de marfil i otras bagatelas semejantes. Los isleños, prendados de la cortesía del capitán, le dieron pescado, un jarro lleno de vino de palmera, que ellos llaman uraca, unos plátanos grandes i otros chicos que son de mejor gusto, i dos cocos. Nos indicaban al mismo tiempo por jesticulaciones, que entónces no tenían otra cosa que ofrecernos, pero que volverían dentro de cuatro días i nos traerían arros, que ellos llaman umai, cocos i otros víveres" (13). En estos tratos, Magallanes llegó a familiarizarse con los isleños, i a ganarse su amistad. Lleváronlo a la isla vecina, llamada Zuluan (14), i le mostraron sus almacenes de mercaderías, llenos de clavos de olor, canela, pimienta i nueces moscadas, haciéndole entender que los países a donde se dirijian producian en gran abundancia estas especies. A su vez, Magallanes los convidó a bordo de sus naves, i allí les manifestó todo lo que podia llamar su atencion por la novedad. "Al momento en que iban a partir, hizo disparar un cañonazo, que los espantó singularmente, de modo que muchos estaban a punto de arrojarse al mar para huir, pero no fué menester mucho trabajo para persuadirlos que no debian temer nada. Así fué que se separaron tranquilamente, asegurando que volverian pronto como lo habian prometido." Los isleños cumplieron fielmente su palabra. Volvieron a la isla en que estaban acampados los castellanos, les trajeron grandes cantidades de víveres, cocos, naranjas, vino de palmera, i hasta un gallo, para mostrar que tenían gallinas. Con ellos venia su jefe, que era un anciano, adornado con pendientes en las orejas. En cambio de sus obsequios, recibieron algunas baratijas de las que Magallanes habia embarcado en Sevilla para hacer sus cambios en las tierras que visitase. Sin detenerse mucho en aquel lugar, siguió navegando hacia el oeste i su-reste por entre pequeñas islitas despobladas.

Los castellanos distinguieron en la noche del 27 de marzo unos fuegos lejanos, que les hicieron conocer que por aquella parte habia

(13) Pigafetta, *Viaggio*, etc. lib. I.

(14) En las cartas modernas se llama Suluan. Es una isleta pequeña adyacente a la costa oriental de la isla de Leite. Véase el *Diccionario jeográfico de las Islas Filipinas* por los PP. Buzeta i Bravo, tom II, Madrid, 1850.

una isla poblada. En la mañana siguiente, Magallanes dirigió sus naves hácia ese punto, i cuando estuvo cerca de tierra, vió una chalupa con ocho hombres que se acercaba a la escuadrilla. Como dijimos mas atrás, el capitán traía consigo un esclavo asiático, natural de Sumatra, bautizado con el nombre de Enrique, i que habia traído en sus naves para que le sirviera de intérprete. El esclavo habló en su idioma nativo a los hombres de la chalupa, i estos entendieron lo que queria decir, porque el uso de la lengua malaya estaba jeneralizado hasta aquellos archipiélagos que comenzaban a reconocer los castellanos. Los isleños, sin embargo, se colocaron al lado de las naves, pero se negaron a subir a bordo i aun temian acercarse demasiado a los extranjeros. Notando esta desconfianza, Magallanes mandó arrojar al mar un bonete colorado i algunas bagatelas amarradas a una tabla, que los salvajes recojieron con muestras de gran contento. Partieron éstos en seguida a dar parte a su rei del arribo de aquellos hombres desconocidos. No tardó en llegar el rei en persona, trayendo valiosos obsequios de oro i jeníebre, que Magallanes no quiso aceptar quizá por no revelar codicia a aquellos isleños, si bien les obsequió algunas bagatelas (15).

En la tarde, la escuadrilla fondeó cerca de la isla en frente de una pequeña poblacion en que estaba situado el palacio del rei (16). El siguiente dia, 29 de marzo, que era viérnes santo, Magallanes mandó a tierra a su esclavo con encargo de decir al rei de aquella isla que los extranjeros eran vasallos del rei de Castilla, que querian hacer paz con él i contratar las mercaderías que llevaba, i que si tenia víveres, le rogaba que se los diese i se los pagaria. El rei respondió que no los habia para tanta jente, pero que partiria con ellos lo que tenia (17). Los castellanos supieron entónces que aquella isla se llamaba Masavá, o Masaguá.

No tardó mucho el rei de la isla en ir a las naves llevando a los castellanos valiosos presentes de arroz i otros víveres. Comenzó por abrazar amistosamente a Magallanes; i éste a su vez hizo, en medio de las manifestaciones de amistad, varios obsequios, de telas, espejitos, cuchillos i otras bagatelas, al rei i a los hombres de su comitiva. El esclavo que servia de intérprete, se encargó de advertir a los isle-

(15) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.

(16) Es la pequeña isla de Limasagua, o Limasava, que Pigafetta llama Massana i Albo Masaguá. Está situada al sur de la isla de Leite.—El P. Colin, en sus *Misterios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesus*, lib. I, cap. VIII, la llama Dimassavan.

[17] Herrera, déc. III, lib. I, cap. III.

ños que el jefe de la escuadrilla queria vivir como hermano con el rei de Masaguá, lo que fué para esta causa de gran contento.

Magallanes presentó al rei telas de diversos colores i las demas mercaderías que traia en las naves. Le mostró todas las armas de fuego, i aun mandó disparar algunos cañonazos para manifestar su poder. Le manifestó las armaduras de acero de que se revestian sus soldados, que los hacian invulnerables a la espada i al puñal, haciéndole entender que cada una de sus naves tenia un número considerable de soldados armados con la misma solidez. Despues de esto lo condujo al castillo de popa, i mostrándole una brújula i la carta de su navegacion. Magallanes le esplicó por medio del intérprete las dificultades de su viaje, el estrecho que habia descubierto para llegar a aquellos mares, i las lunas que habia pasado en el mar sin divisar la tierra.

Fácil es comprender cuan grande seria la sorpresa del rei de Masaguá i de su comitiva al ver aquellos objetos i al oír las esplicaciones de Magallanes. Los habitantes de aquella isla habian salido ya de ese estado de barbarie en que los hombres de las tribus salvajes miran con desden, o a lo ménos con estúpida indiferencia los mayores prodijios de la civilizacion. No solo cultivaban las tierras para recojer las valiosas producciones de aquellas islas sino que fabricában con cierta habilidad los objetos que eran necesarios para su comodidad, i negociaban sus productos con las islas vecinas. El rei comprendió la superioridad de los estranjerós, i creyéndose honrado con su amistad, trató de festejarlos i obsequiarlos, pensando sin duda sacar provecho de sus relaciones con ellos. Queriendo volver a tierra, suplicó a Magallanes que le permitiese desembarcar con dos castellanos para hacerlés ver a su turno algunas particularidades de su país. El jefe de la espedicion accedió a esta solicitud, i eligió a dos hombres de las naves para acompañar al rei. Uno de ellos era el caballero Antonio de Pigafetta, que ha consignado con una sencillez admirable en la relacion de su viaje las impresiones que recibió en el desempeño de esta comision.

“Cuando desembarcamos, el rei levantó las manos al cielo i se volvió a nosotros: hicimos otro tanto, así como todos los que nos seguian, i despues nos colocamos debajo de un cobertizo hecho de cañas donde habia un *balangai*, embarcacion de cincuenta piés de largo, i nos sentamos en la popa, procurando hacernos entender por señas, por no tener intérprete. Los de la comitiva del rei permanecian de pié, armados de lanzas i escudos.

“Sirviéronnos un plato de carne de cerdo, con un cántaro lleno de vino; a cada bocado bebíamos una escudilla de este licor, i si dejábamos algun resto lo arrojaban en un cántaro ántes de volver a llenarla. Nadie se atrevia a tocar la escudilla del rei, escepto yo. Apesar de ser viénes santo, no pude ménos de comer carne.

“Antes de cenar, presenté al rei varias cosillas que habia llevado conmigo, i le pregunté el nombre de muchos objetos en la lengua del país; grande fué la sorpresa de todos cuando me vieron escribir.

“A la hora de cenar trajeron dos grandes platos de porcelana, uno con arroz i otro con carne de cerdo guisada; bebimos en las mismas escudillas que en la comida, i cuando acabamos, fuimos al palacio del rei, que tiene la forma de un monton de heno, cubierto con hojas de plátano i sostenido por cuatro vigas bastante altas; se sube por una escala de mano.

“Cuando llegamos a la estancia real, nos mandó el rei sentar en el suelo con las piernas cruzadas. Media hora despues trajeron un plato de pescado asado, cortado en pedazos, jeníebre i vino. El hijo mayor del rei, que no habíamos visto hasta entónces, fué a sentarse entre su padre i yo. Sirviéronnos dos platos mas; uno de pescado i otro de arroz, los que comimos en compañía del príncipe heredero. Mi compañero bebió descomedidamente i se embriagó.

“Sus candelas son hechas con una especie de goma o resina de un árbol que llaman *anima*, envueltas en hojas secas de palmera o higuera.

“Cuando el rei quiso acostarse, nos hizo señas para que nos fuésemos, i nosotros dormimos aquella noche al lado de su hijo, en una estera de cañas con almohadas de hojas de árboles.

“Al siguiente dia, vino el rei a buscarnos para almorzar con él; pero, habiendo visto nuestra chalupa que habia venido a buscarnos para volver a bordo, le dimos las gracias i partimos con mi compañero. El rei estaba de buen humor: nos besó las manos i nosotros le besamos las suyas. Su hermano, que era rei de otra isla, se vino con nosotros acompañado por tres hombres. El capitán jeneral le convidó a comer i le regaló varias bagatelas.

“Este rei nos dijo que en su isla habia pedazos de oro gruesos como nueces i aun como huevos, mezclados con tierra, i que todos los jarros i adornos de su casa eran de aquel metal. Iba vestido con bastante decencia: era de hermoso aspecto: sus negros cabellos le caian por encima de los hombros; llevaba pendientes de oro i la cabeza envuelta en un velo de seda. Ceñia una especie de daga o

espada con puño de oro i vaina de madera mui bien labrada. En cada uno de sus dientes se veían tres manchitas de oro de modo que parecía que toda la dentadura estaba atada con este metal. Iba perfumado de estoraque i benjuí, i se pintaba el cútis.

“Su permanencia ordinaria es una isla en donde se hallan los países de Butuan i Calagan (18), pero cuando dos reyes quieren conferenciar, se juntan en la isla de Masana que era donde estábamos. El primero de dichos reyes se llama rajah Columbu i el segundo rajah Siagu.

“El día de Pascua, que era el último del mes de marzo, el capitán jeneral envió desde por la mañana a tierra, al capellan i a algunos hombres para hacer los preparativos necesarios para decir misa. Envio al mismo tiempo al esclavo intérprete para que notificase al rei que íbamos a su isla, no para comer, sino para cumplir con una ceremonia de nuestro culto; el rei lo aprobó todo, i nos mandó dos cerdos que habia matado.

“Desembarcamos en número de cincuenta medio armados i vestido decentemente. En cuanto llegaron las lanchas a tierra, se dispararon seis bombardas en señal de paz. Al saltar en tierra, salieron a recibirnos los dos reyes, que dieron un abrazo al jeneral i le pusieron en medió de ambos.

“En este órden llegamos al sitio donde debia decirse la misa, i ántes de empezar, el jeneral roció a los dos soberanos con agua de almizcle. En la oblacion, besaron la cruz, como nosotros, pero no hicieron ofrenda. Al alzar la hostia consagrada, adoraron la Eucaristia, imitando todo cuanto hacíamos nosotros. Los buques, advertidos por una seña, hicieron en este momento una salva jeneral, i despues de la misa, muchos de los nuestros comulgaron.

El jeneral mandó traer en seguida una gran cruz, guarnecida con los clavos i la corona de espina, ante la cual nos arrodillamos lo mismo que los isleños. El intérprete dijo a los reyes, de parte del capitán, que aquella cruz era el estandarte que le habia confiado el emperador para que la plantase en todas partes donde llegase; que por consiguiente queria dejar una allí, para que cuando arribase a la isla algun buque europeo, supiese que habíamos sido recibidos como amigos, i tratase del mismo modo a los naturales, respetando personas i haciendas. Añadió que era preciso poner esta cruz en el paraje mas elevado para que todo el mundo la viese, i que cada mañana

(18) En la isla de Mindanao. Butuan está al norte de dicha isla, Calagan o Caragan, al sur.

debían adorarla. Los reyes le prometieron, por medio del intérprete, cumplir exactamente todo cuanto le encargaba el jeneral.

“Preguntámosle si eran moros o jentiles: respondieron que no adoraban ningún objeto terrestre, pero levantando las manos al cielo, dieron a entender que reconocían a un ser supremo a quien daban el nombre de *Abba*, lo que llenó de satisfacción al jeneral. Este dijo al rei que si tenía algún enemigo, iríamos a combatirlo con nuestros buques. Respondió el soberano isleño que en efecto se hallaban en guerra abierta con los habitantes de dos islas vecinas, pero que no siendo tiempo a propósito para atacarles, no podía aceptar su jeneroso ofrecimiento.

“Regresamos a bordo, i por la tarde volvimos a tierra i fuimos, en compañía de los reyezuelos a plantar la cruz en la montaña mas elevada de las cercanías. El capitán dió a conocer a los isleños las ventajas que alcanzarían de conservar aquel emblema de salvación, ante el cual nos arrodillamos todos los circunstantes. Al bajar de la montaña, atravesamos muchos campos cultivados, i fuimos al paraje donde estaba el balangai, donde los reyes nos sirvieron varios refrescos” (19).

Las islas que entónces reconocía Magallanes pertenecían al archipiélago que había denominado de San-Lázaro, i que despues fué llamado de las Filipinas en honor del hijo de Carlos V (20). En esas islas habían hallado los castellanos una favorable acogida, víveres en abundancia i descanso de los sufrimientos de una larga i penosa navegación. Desgraciadamente, los verdaderos i grandes padecimientos de la escuadrilla expedicionaria no habían comenzado todavía.

(19) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II. La relacion del viajero italiano está un poco abreviada en el testo.

Para señalar el itinerario de Magallanes en las islas Filipinas he tenido por únicos guías el diario de Albo, publicado por Navarrete i la relacion de Pigafetta, teniendo siempre a la vista la carta de aquél archipiélago publicada en Madrid en 1749 por el jesuita español Pedro Murillo de Belarde en su *Historia de las islas Filipinas*, la que acompaña los viajes de lord Anson, i la publicada últimamente en Madrid en el Atlas de Coello. Las noticias que acerca de este viaje han publicado el Padre Colin, en su obra citada, Frai Juan Francisco de San-Antonio en su *Crónica de los descalzos de San-Francisco en Filipinas*, i los padres misioneros Buzeta i Bravo en la Introduccion de su *Diccionario Jeográfico de las islas Filipinas*, contienen errores notables, nacidos sin duda de que no conocieron los documentos que nos han servido de guía i cuya autenticidad no puede ponerse en duda. El *Diccionario* de los padres Buzeta i Bravo nos ha servido sin embargo, para dar el nombre moderno a los lugares señalados por Albo i Pigafetta.

Puede verse tambien la obra publicada en 1846 en Paris por Mr. Mallat con el título de *Les Philippines*, dos volúmenes en 4.º con un atlas. La obra titulada *L'Occantio* por M. de Rienzi (Paris, 3 vol. en 8.º) contiene muchos errores al hablar del descubrimiento de las Filipinas.

(20) Los padres Bravo i Buzeta i casi todos los escritores españoles ya citados, creen equivocadamente que el archipiélago de San-Lázaro es el mismo que Magallanes había denominado de los Ladrones. Véase el diario de Albo i el *Viaggio* de Pigafetta, que son las verdaderas autoridades a este respecto.

## CAPÍTULO IX.

Llega Magallanes a la isla de Zebú.—Sus primeros contratos con el rei de esta isla.—Bautismo del rei, de la reina i de cerca de ochocientos isleños.—Castigo de los pobladores de la isla de Mactan.—Magallanes determina atacarlos al saber que estos se negaban a recorrer la autoridad del rei de España.—Acomete esta empresa contra el parecer de los capitanes de la escuadrilla.—Combate del 27 de abril de 1521.—Arrojo temerario de Magallanes.—Su muerte.—Su retrato trazado por el caballero Pigafetta.—Los vencedores se niegan a entregar el cadáver de Magallanes.

Parecia que Magallanes habia olvidado el objeto principal de su célebre espedicion. La favorable acogida que habia recibido de los pobladores de aquellas islas, las muestras de oro que le habian presentado, las ricas producciones de especeria que recibia en retorno de sus obsequios, preocupaban su espíritu de tal manera, que casi habia descuidado el proyecto de continuar su viaje a las Molucas. En la isla de Limasagua preguntó a los reyezuelos con quienes habia estado en comunicacion, cuál era el puerto de las inmediaciones mas aparente para negociar sus mercaderías i proveer de víveres sus naves. Supo entónces que habia tres puertos de grande importancia en aquellas islas, Ceylon, Zubú i Calagan (1). Habiéndole dicho que el de Zubú o Zebú era el mas rico de todos, determinó dirigirse a él.

En la mañana del 1.º de abril la escuadrilla estaba lista para darse a la vela. El rei de Masaguá pidió entónces a los castellanos que se demoraran en su isla para ayudarle a hacer sus cosechas, ofreciéndose él mismo a servirle de guia en su viaje a Zebú. Magallanes aceptó sus proposiciones, i mandó que bajaran a tierra algunos soldados de sus naves. Este trabajo quedó terminado el 4 de abril, i en la mañana siguiente los exploradores se dieron a la vela. Pasando por el estrecho que separa la isla de Leite de la de Bohol, llegaron a la isla de Zebú, i fondearon en el puerto de este nombre el dia 7 del mismo mes, que era domingo. Los castellanos observaron en la costa muchas aldeas, cuyas casas estaban construidas sobre los árboles. Al acercarse al puerto, Magallanes mandó enarbolar todas las banderas i hacer una descarga de artillería que causó grande alarma entre los isleños.

Inmediatamente, el jefe de la escuadrilla despachó a uno de los suyos con el esclavo que le servia de intérprete para conferenciar con el rei de Zebú. Encontraron a éste rodeado de mas de dos mil hom-

(1) Ceylon, o Seilani, como escribe Albo, en la isla de Leite, Zubú o Zebú en la isla de este nombre, i Calagan o Caragan en la costa oriental de la isla de Mindanao.

lres armados de lanzas i pavecés que miraban con grande espanto las naves castellanas (2). El esclavo le hizo presente que las descargas de artillería eran solo una señal de paz i de amistad con que los europeos honraban i saludaban a los príncipes con quienes estaban en buenas relaciones, que el jefe de las naves estaba al servicio del mayor rei de la tierra, i que el objeto de su viaje era llegar hasta las islas Molucas, pero que el rei de Masaguá le habia hecho tanto elogio de la persona i del poder del rei de Zebú que se habia resuelto a hacerle una visita, deseando ademas refrescar sus víveres i negociar las mercaderías que traia a bordo. Esta declaracion tranquilizó algo al señor de la isla; pero acostumbrado a las consideraciones que le guardaban los reyes de las islas vecinas, creyó que estaba en el caso de hacerse respetar de los extranjeros, i comenzó por cobrar un derecho que le pagaban todas las embarcaciones que se acercaban a sus dominios. El intérprete de los castellanos contestó que el capitán de un rei tan poderoso no pagaria derecho a ningun rei de la tierra, i que estaba tan dispuesto a ofrecer la paz como a aceptar la guerra.

Hallábase cabalmente en la isla de Zebú un moro comerciante de Siam que tenia noticias personales de las hazañas de los portugueses en la India, i conocia demasiado la manera como los navegantes europeos negociaban con los reyezuelos del Asia, i las ventajas de sus elementos de guerra. Deseando evitar al rei de Zebú los embarazos que habian de suscitarle sus pretensiones respecto a los castellanos, le habló de las conquistas de los portugueses en la India i le aconsejó que evitara toda dificultad que pudiera suscitarse. El intérprete, que entendió las esplicaciones del comerciante moro, agregó al señor de Zebú que el rei de Castilla, a quien servia Magallanes, era todavía mucho mas poderoso i mas temible que el rei de Portugal, i que si hubiera preferido hacer la guerra habria mandado una escuadra considerable para hacerse respetar. El rei de Masaguá, que bajó a tierra para estrechar las relaciones entre los castellanos i los isleños, allanó todas las dificultades. La paz quedó convenida: el rei de Zebú se allanaba a hacerse tributario del rei de Castilla, pero se le dijo que no se exijia de él otro derecho que el privilegio esclusivo de negociar en sus dominios. Según la costumbre de aquellos isleños, era necesario que Magallanes i el rei se sangrasen para beber recíprocamente su sangre en signo de amistad i alianza (3). Después de haberse cambiado los obsequios de una i otra parte, i de muchas

(2) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.—Herrera, dec. III, lib. I, cap. III.

(3) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.—Herrera, dec. III, lib. I, cap. III.

ceremonias que el historiador de la expedición ha referido con gran recargo de pormenores, la paz quedó definitivamente ajustada. El rei de Zebú se manifestó dispuesto a recibir el bautismo.

Los isleños dieron principio a sus negociaciones. Llevaban a las naves gallinas, puercos, cabras, arroz, cocos, names i diversas frutas, i las vendian por cascabeles, cuentas de vidrios i las telas que Magallanes traía en sus naves. Hacian esto con todas las apariencias de sincera amistad i sumision a los estranjeros. El rei de Zebú espresó sus deseos de hacerse cristiano, así como muchos otros señores de sus dominios, i pidió a Magallanes que ántes de volver a Europa le dejase en su isla algunos hombres que lo instruyesen en los misterios i en los deberes de la relijion cristiana. El jefe expedicionario accedió a esta solicitud, bajo condicion de que el rei le confiara dos jóvenes de los principales de sus estados para llevarlos consigo a España, donde aprenderian la lengua castellana, a fin de que a su vuelta pudieran darle una idea de lo que hubiesen visto.

Al fin se fijó el domingo 14 de abril para la ceremonia del bautismo. Los castellanos levantaron en la plaza principal del pueblo de Zebú, un tablado cubierto de tapicerías i de hojas de palmera. Magallanes mandó desembarcar cuarenta hombres, i dos mas armados de piés a cabeza que precedian el estandarte real. La escuadrilla hizo una salva de artillería para solemnizar el acto. Despues de abrazarse cordialmente, el rei de Zebú i Magallanes se sentaron en ricos sillones: los otros señores de la isla en cojines o en esteras. El jefe expedicionario hizo presente al rei las ventajas que le iban a resultar de abrazar el cristianismo, una de las cuales era la de poder vencer mas fácilmente a sus enemigos. Supo entónces por el rei que habia en los estados de éste algunos jefes que no siempre estaban dispuestos a reconocer su autoridad. Magallanes los hizo llamar i les dijo por medio del intérprete que si no obedecian al rei como su soberano los haria matar i daria a aquel todos sus bienes. Al oír esta amenaza, todos los jefes prometieron reconocer la autoridad real.

“Despues de haber plantado una gran cruz en el centro de la plaza, se pregonó un aviso para que el que quisiese abrazar el cristianismo destruyese sus ídolos i pusiese la cruz en su lugar. Todos aceptaron la condicion. Tomando entónces al rei por la mano, Magallanes lo condujo al tablado donde se le vistió enteramente de blanco, i se le bautizó junto con el rei de Masaguá, el príncipe su sobrino, el mercader moro i otras personas en número de quinientos. El rei, que se llamaba Rajáh-Humabon, fué llamado Carlos en honor

del rei de España. Celebróse en seguida la misa, despues de la cual el capitán invitó al rei a comer; pero éste se escusó i nos acompañó hasta las chalupas, que nos llevaron a la escuadra, la que hizo una descarga de toda su artillería.

“Despues de comer, desembarcamos en gran número para bautizar a la reina i otras mujeres. Subimos con ellas al mismo tablado. Mostré a la reina un bustito que representaba la vírjen con el niño Jesus, lo que le agradó mucho i la enterneció. Me la pidió para ponerla en el lugar de sus ídolos, a lo que consentí con mucho gusto. Se dió a la reina el nombre de Juana, en honor de la madre del emperador: el de Catalina a la mujer del príncipe, i el de Isabel a la reina de Masaguá. Bautizamos este dia cerca de ochocientas personas entre hombres, mujeres i niños” (4).

Estas ceremonias se prolongaron muchos dias más. Los isleños, atraídos mas por la curiosidad que por el piadoso deseo de cambiar de relijion, acudian en tropel a recibir las aguas del bautismo. Un villorrio de la vecina isla de Mactan, cuyos habitantes se negaban a reconocer la autoridad del rei de Zebú, fué incendiado i se plantó una cruz en el lugar que ántes ocupaban los cáseríos. Magallanes exijió del rei de Zebú el juramento de fidelidad i sumision al rei de España, en la misma forma que solian prestarlo los castellanos, esto es, con una espada desenvainada en la mano i delante de una imájen de la vírjen. Los otros señores de la isla a su vez, juraron obediencia al rei.

Sin embargo, todas estas manifestaciones de acatamiento i de respeto estaban revestidas de cierta esterioridad que habria dado que temer a hombres ménos resueltos que Magallanes i sus compañeros. Apesar de la facilidad con que adoptaban la nueva relijion, los isleños persistían en rendir culto a sus ídolos. Fué necesario que Magallanes curara a un hermano del príncipe que se hallaba gravemente enfermo, i que los isleños atribuyeran a milagro del cielo su curacion para que la relijion de los europeos comenzara a gozar de algun prestijio en aquellas islas.

Los cástellanos pasaron todavia muchos dias en la isla de Zebú.

(4) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.—Herrera, dec. III, lib. I, cap. III.—El P. Colino en su *Labor Eranjélica, Ministerios Apostólicos de los obreros de la compañía de Jesus en las islas Filipinas*, lib. I, cap. XIX, refiere que cuando el adelantado Miguel Lopez de Legaspie llegó a la isla de Zebú en 1565 a asentar en ella la dominacion española, halló una imájen de bulto del niño Jesus, i mas tarde las cruces que habia levantado Magallanes, las que se conservaban milagrosamente a pesar de los incendios i de otras destrucciones que refiere mui estensamente el piadoso historiador.

Al oriente de ella, separada solo por un canal muy angosto, i casi en frente del puerto donde había fondeado la escuadrilla, está situada una isla pequeña llamada Mactan, que habían visitado los soldados de Magallanes i donde habían incendiado un villorrio porque sus habitantes se negaban a reconocer la autoridad del rei de España.

El viérnes 26 de abril recibió el capitán espedicionario un mensaje de uno de los señores de esa isla, llamado Zula. Enviábale éste con uno de sus hijos dos cabras, haciéndole saber que sino le remitía todos los obsequios prometidos no era por falta suya sino por causa de otro jefe llamado Silapulapu, que, irritado por el incendio de uno de sus villorrios, no quería reconocer la autoridad del rei de España, pero que si quería mandar en su socorro una chalupa con algunos hombres armados él se comprometía a batir i sojuzgar a su rival.

Magallanes no se hizo repetir el mensaje. El espíritu marcial del antiguo soldado de la India se avenía poco con las dilaciones; i talvez sentía haber navegado tanto tiempo i haber visitado países desconocidos sin encontrar ocasion de medir sus armas i de desplegar los recursos de su carácter osado i aventurero. Inmediatamente formó la determinacion de ir a atacarlos en persona con la jente de que podía disponer. Inútiles fueron las representaciones que para disuadirlo le hicieron los suyos i aun él mismo rei de Zebú. El capitán Juan Serrano le aconsejó que no pensase en aquella jornada, porque además que de ella no sacaría provecho alguno, las naves iban a quedar tan desprovistas de jente que muy pocos hombres podrían tomarlas, i por último, que si a pesar de todo persistía en aquella empresa, no fuese él mismo sino que enviase a otro en su lugar (5). Magallanes no aceptó este consejo: insistió en que era menester castigar a los rebeldes, i dijo que como buen pastor no podía abandonar su rebaño (6).

En la noche de ese mismo día quedaron hechos los aprestos para aquella empresa. Magallanes no pudo reunir mas que sesenta hombres armados de corazas i de cascos: los demas estaban todavía enfermos a causa de los sufrimientos consiguientes a la prolongada navegación en el mar Pacífico i a la escasez de víveres que habían padecido. A media noche se embarcaron éstos en las chalupas i se dirijeron a la isla de Mactan. Los seguian el rei de Zebú, uno de

(5) Herrera, dec. III, lib. I, cap. IV.

(6) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.

Los príncipes de su familia, varios señores de aquella isla i gran cantidad de hombres armados de picas. Magallanes se acercó a Mactán antes de amanecer; i no pudiendo desembarcar su jente a causa de la baja mar, despachó al comerciante moro a prevenir a los rebeldes que si querian reconocer la soberanía del rei de España, prestar obediencia al rei cristiano de Zebú i pagar los tributos exijidos, los consideraria como amigos; pero que en caso contrario estaba dispuesto a castigarlos con sus armas. Los isleños no se intimidaron con estas amenazas. Contestaron al emisario de Magallanes que ellos tambien contaban con sus armas para defenderse, i que lo único que pedian era que no se les atacara de noche.

El jefe de los castellanos queria embestir inmediatamente al villorio en que dominaban los sublevados. Los consejos del rei de Zebú lo disuadieron de este propósito. Manifestóle que los rebeldes habian abierto muchos hoyos, en los cuales habian clavado gran cantidad de estacas agudas para que los castellanos sucumbieran en caso de un ataque nocturno, como debia suceder si daban crédito al mensaje del jefe de los isleños. Magallanes se resolvió al fin a esperar el dia para emprender el ataque; pero creia tan segura la victoria que no quiso aceptar el auxilio que le ofrecia el rei de Zebú. Pedia éste que se le dejase acometer primero con sus mil hombres, confiado en que si los castellanos lo ayudaban, la victoria era segura. Magallanes no consintió en ello: convencido de que sus soldados bastaban para derrotar a los enemigos, dijo a su aliado que se mantuviese a la expectativa, viendo solo como se batian los europeos (7).

Al rayar el dia 27 de abril de 1521 comenzó el desembarco. A causa de las rocas que bordeaban la ribera, los castellanos no pudieron acercarse a tierra, i tuvieron que caminar un buen trecho con el agua hasta la cintura. Algunos de ellos quedaron al cuidado de las chalupas, de modo que la diminuta division de Magallanes estaba aun mas reducida al pisar la rivera (8). Se preparaban a seguir adelante cuando se presentó un cuerpo de indios por un flanco. Al momento de atacarlos, se descubrió otro cuerpo por el otro lado; i antes que los castellanos se dividiesen en dos pelotones para acometer a los enemigos, se dejó ver un tercer cuerpo por el frente. Durante media hora, los soldados de Magallanes sostuvieron el combate manteniéndose a alguna distancia de los isleños, dirijiéndoles sus flechas i

(7) Herrera, dec. III, lib. I, cap. IV.—Maximiliano Transilvano § XII.

(8) Herrera, dice en el lugar citado, que desembarcaron 55 hombres: Pigafetta asienta que solo fueron 49.

un fuego sostenido de mosquetería sin causar entre ellos grave mal, porque, aunque muchos fueron heridos, ni las balas ni los dardos les daban la muerte súbita que ellos temían del poder i de los elementos de guerra con que contaban los extranjeros. Lejos de intimidarse por los lijeros daños que recibían, los isleños, confiados en la superioridad de su número, volvían al combate mas atrevidos i furiosos, i lanzaban contra los castellanos nubes de cañas, de varas endurecidas al fuego i de piedras, dirijiendo principalmente sus ataques contra Magallanes, a quien reconocían perfectamente. Deseando éste separarlos o intimidarlos, dispuso que se prendiera fuego a las chosas del pueblo vecino. Su orden se ejecutó en el acto; pero la vista de las llamas no hizo mas que enfurecerlos. Algunos corrieron al lugar mismo del incendio, i allí mataron a dos castellanos que encontraron separados de los suyos.

Antes de mucho tiempo, los isleños notaron que los extranjeros eran invulnerables siempre que los golpes que se les dirijían se estrellaban contra los cascos que cubrían sus cabezas o las corazas que resguardaban sus pechos. Pensaron entónces que dirijiendo sus tiros a las piernas de los castellanos habían de hacer mayores estragos. Magallanes recibió un flechazo en una pierna, i se vió obligado a ordenar la retirada. Por desgracia, su jente estaba desordenada: el número de los enemigos i el vigor con que combatían la había alarmado de tal modo que ya no pensaba sino en la fuga. Los cañones, que habían quedado en las chalupa, no podían ayudar a los españoles a causa de los bajos i arrecifes de la costa que les impedían llegar hasta el sitio del combate. Magallanes, rodeado de unos pocos hombres, los mas fieles i atrevidos de sus compañeros, se retiraba siempre combatiendo tenazmente i disputando palmo a palmo el terreno que abandonaba. Su jente estaba ya en la ribera, con el agua hasta las rodillas; pero no podía ganar aun las chalupas i recibía los dardos i las pedradas de los isleños.

En medio del conflicto, Magallanes alentaba a los suyos con la palabra i el ejemplo, esponiendo su vida valientemente. Dos veces, las pedradas de los enemigos perfectamente dirijidas contra su persona, hicieron saltar el casco que cubría su cabeza; pero su valor no se entibió por eso. Este desigual combate duró cerca de una hora con el mismo ardor.

Un isleño llegó a herir en la frente al capitán de los castellanos, i aunque éste lo traspasó con su lanza, perdió su arma que dejó sumida en el cuerpo de su adversario. Quiso entónces desenvainar su

espada, pero este movimiento le fué imposible porque su brazo derecho estaba tambien herido. Los enemigos, percibiendo que estaba desarmado, cargaron contra él: uno de ellos le dió un golpe tan recio en la pierna que lo echó al suelo de cara. Inmediatamente se arrojaron sobre él para ultimario. Cuando se vió acosado por los enemigos, se volvió muchas veces hácia los suyos para ver si podian salvarlo; pero esto era imposible. “Como no habia entre nosotros uno solo que no estuviese herido, i como no nos encontrábamos en estado de socorrer o de vengar a nuestro jeneral, dice un testigo i actor de ésta fatal jornada, nos precipitamos sobre nuestras chalupas que estaban a punto de partir. Nuestra salvacion fué debida a la muerte de nuestro capitán, porque en el momento en que pereció todos los isleños corrieron al lugar donde habia caído” (9).

La retirada de los compañeros de Magallanes no fué ménos peligrosa. El rei de Zebú, cumpliendo las órdenes del jeneral, habia sido simple espectador del combate, presenciándolo desde sus embarcaciones; i los castellanos que habian quedado en las chalupas, creyendo ausiliar a sus compañeros, rompieron el fuego de artillería cuando estos trataban de embarcarse, causando asi mayor confusion entre los fujitivos. La jornada costó la vida a ocho castellanos i a cuatro isleños bautisados, que seguian de cerca a Magallanes. Uno de aquellos era Cristóval Rabelo, que desde algunos dias atras mandaba la nave *Victoria* (10). Casi todos los castellanos que volvieron a la escuadra estaban heridos de resultas de aquel encarnizado combate.

“Así pereció nuestro guia, nuestra luz i nuestro sosten,” escribe el historiador de nuestra expedicion. I mas adelante agrega: “Pero la gloria de Magallanes sobrevivirá a su muerte. Estaba adornado de todas las virtudes: mostró siempre una constancia incontrastable en

(9) Pigafetta, *Viaggio* lib. 11.—Estos sucesos han sido referidos con detalles mas o ménos diversos por Argensola, en su *Historia de las Molucas*, Gomara, Oviedo i Herrera en sus *Historias de las Indias*, i Maximiliano Transilvano en su relacion del viaje, publicada en italiano en el primer volumen de la célebre coleccion de Ramusio, i en castellano, en el IV vol. de la coleccion de Navarrete. He preferido seguir casi al pié de la letra la relacion de Pigafetta, que merece mas fé como testigo verídico, aunque no esento de algunas exajeraciones.

Los historiadores de las islas Filipinas son jeneralmente muy inexactos al tratar del viaje i de la muerte de Magallanes. El padre Colin se limita casi a recordar la voluntad divina. “Para que se vea, dice, que no habia sido elegido de Dios Magallanes para otro descubrimiento ni conquista, que el de Filipinas, permite el cielo que con bien lijera ocasion, le sea cortado allí el hilo de la vida, i que queda sepultado en ellas aquel grande capitán, como semilla de la jenerosa planta del evanjelio, i poblacion española que Dios pretendia en estas islas” *Labor evanjélica* etc. lib. I, cap. XLIX, páj 115.

(10) Relacion de las personas que perecieron en la escuadra.—Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.

medio de las mayores adversidades. En el mar, se condenaba a las mismas penosas privaciones que el resto de la tripulación. Versado más que ningún otro en el conocimiento de las cartas náuticas, poseía perfectamente el arte de la navegación, como lo probó dando la primera vuelta al mundo, lo que nadie antes que él había intentado" (11).

Por grandes que sean los conocimientos náuticos del marino portugués, i las virtudes que le atribuya Pigafetta, que hizo con él aquella célebre expedición, el rasgo distintivo de su carácter es la convicción profunda con que concibió sus proyectos i la firmeza con que supo llevarlos a cabo. En Magallanes se encontraban reunidas las prendas que distinguen a los hombres de verdadero genio, alta inteligencia para concebir, constancia para realizar su pensamiento i energía para vencer las dificultades que encontraba en su camino. Magallanes fué tan firme i tenaz en sus negociaciones con la corte de España para empeñarla en su empresa, como valiente i decidido delante del peligro en las tempestades del mar i en las borrascas que les suscitaron sus compañeros (12).

Los castellanos, privados así de su jefe, tuvieron todavía el sentimiento de no poder dar sepultura a su cadáver. El rei de Zebú, de acuerdo con los españoles, mandó decir a los sublevados de Mactan, que si querían entregar el cuerpo de Magallanes, los extranjeros les darían la cantidad que pidieran de aquellas mercaderías que llevaban en sus naves. Los vencedores, enorgullecidos con tan reñido i completo triunfo, respondieron que nada podría reducirlos a deshacerse

(11) Pigafetta, *Viaggio*, lib. II.—Magallanes no alcanzó a dar la vuelta al mundo en su célebre viaje; pero en su juventud había llegado a Malaca por el cabo de Buena Esperanza, i en su última expedición, la muerte lo sorprendió en los mares del Asia, a poca distancia de los lugares que recorrían los portugueses.

(12) Los escritores portugueses que han tratado de esta célebre expedición, no han disimulado su encono, ni han escaseado su censura contra Magallanes, acusándolo particularmente de deslealtad para con el rei de Portugal por haber hecho su viaje al servicio del rei de España. El historiador Juan de Barros, superior muchas veces a las preocupaciones de su siglo, parece creer, como los diplomáticos del rei don Manuel, que toda empresa que redundara en provecho de un extraño era un perjuicio para el soberano de Portugal. Su predisposición contra Magallanes, a pesar de reconocerle su gran mérito de navegante i de soldado, se deja traslucir en cada una de las pocas pájinas que ha consagrado a tan célebre viaje. Este mismo sentimiento respiran los escritos de otros historiadores de ménos elevación que Barros. Camoens mismo, tan admirador de los hombres de verdadero mérito como enemigo de los cortezanos, habla de la deslealtad de Magallanes en términos demasiado duros, a punto de decir que era indigno de haber nacido portugués. En las *Lusiadas*, canto 10 encontramos:

“O Magalhães, no feito com verdade  
Portuguez, porém não na lealdade.”

del cadáver de un hombre como el jefe de los castellanos, i que ellos querian guardarlo como un monumento de su victoria. Por mas ultrajante que fuera esta respuesta para los europeos, ellos tuvieron que resignarse a esta nueva humillacion.

---

*EXÁMENES de los alumnos de los establecimientos públicos de educacion de esta capital, rendidos a fines del año escolar de 1863.—Informes de los comisionados universitarios para presenciarlos.*

## I.

### FACULTAD DE FILOSOFÍA I HUMANIDADES.

Santiago, enero 12 de 1864.—Señor Decano:—Comisionado por Ud. para presenciar los exámenes de Jeografía en la Academia militar i los de Historia de América i de Chile en la Escuela Normal de preceptores, tengo el honor de informar a Ud., que las pruebas rendidas por los alumnos de uno i otro establecimiento fueron completamente satisfactorias.

Como no observé ninguna circunstancia especial que fuera digna de noticia en los precitados exámenes, ya fuera sobre los textos adoptados, ya sobre el método de enseñanza, me limito solo a recomendar a Ud. el brillante desempeño de los alumnos cuyas pruebas presencié.—Dios guarde a Ud.—*Benjamin Vicuña Mackenna.*—Al señor Decano de la Facultad de Humanidades.

Santiago, enero 20 de 1864.—Señor Decano:—Asistí al Instituto Nacional, todos los dias que Ud. me señaló, a presenciar los exámenes de Gramática Castellana, que en mi entender son los que se hacen con mas escrupulosidad i rigor; i puedo decir a Ud. que, con exepcion de dos o tres alumnos que se distinguieron i un corto número que se desempeñaron medianamente, los mas probaron que no estaban suficientemente preparados para sufrir tan dura prueba.

Saludo a Ud. atentamente—*Rafael Minvielle.*—Señor Decano de la Facultad de Filosofía i Humanidades.

Santiago marzo 4 de 1864.—Señor Decano:—Los exámenes de Constitucion Política del Estado que presencié en la Escuela Normal de preceptores a fines de diciembre último, me dejaron plenamente satisfecho, tanto del celo del Director i Profesor del ramo, cuanto de la contraccion e in-